

"En México nunca habría hecho Hécuba"

Por Antonio Argudán

A esas horas (4:30 P.M.) el Teatro del Estado se encontraba muy, muy frío y casi desierto. Entrevistar a la Manzano —con ése La que muy pocas alcanzan— era mi intención. Afortunadamente la encuentro camino al taller de costura a donde se dirige para probar su vestuario. Hacemos cita para después del ensayo y me instalo en la sala donde la escenografía, aún no terminada, meros esqueletos de madera pelona que forman rampas y practicables, se coloca apresuradamente. Llegan los actores, regresa Virginia en ropa de trabajo, emprende unos complicados movimientos, casi dancísticos, de calentamiento. Evoluciona por el foro, se sostiene en equilibrio en la punta del pie, una pierna extendida, el tronco paralelo al suelo. . . Movimientos rituales en que las manos, acompañadas de profundas inhalaciones, convocan energías al plexo solar. Inmediatamente principia el ensayo, y termina en un período que se me antojó corto: tan embebido estaba.

Ahora me encuentro en la cafetería, frente a la actriz, a quien trataré de describir en sus gestos, en su trato personal y directo, haciendo la necesaria aclaración de que soy fanático de su talento: Virginia sonríe constantemente, con espontaneidad; usa abundantemente las manos para enfatizar su plática; irradia una firme confianza en sí misma y un optimismo contagiosísimo; su voz, muy dulce, posee modulaciones profundas y fascinantes, no en balde es un instrumento bien entrenado que ha interpretado los más diversos textos dramáticos.

(Virginia no espera que la interroge para soltarse a hablar)

—Me es muy difícil hablar de mi carrera. . . Empecé muy joven y bailando. Era una enamorada del baile y del ritmo corporal. Pero sucedió que en La Habana vi trabajar a Mimí Aguglia, gran actriz italiana, en "Marianela" de Pérez Gal-

dós y entonces me enamoré de la comedia y decidí hacerla. Mis pininos en el teatro fueron con las hermanas Blanch: con ellas hice mucho teatro cómico, farsas, que eran su especialidad. Poco a poco me fui enamorando del hablar, de la prosa, y empecé a actuar en obras de mayor envergadura. Sin escuela —nunca tuve maestros— y teniendo muy buena voz. Luego trabajé con María Tereza Montoya, y fue con ella que hice por primera vez otro tipo de obras: Cocteau, O'Neill. . . Pero me di cuenta de que abusaba de mi voz y una vez que daba dos o tres gritos el público quedaba satisfecho, pero yo no. Entonces sentí que me hacía falta estudiar para controlar mis emociones. Leí a Stanislavsky, me interesó muchísimo un libro que actualmente es todavía mi libro de cabecera: “La paradoja del comediante” de Diderot, y empecé a controlar mis sentidos para que fuesen veraces con el personaje que representaba, sin apoyarme únicamente con la voz y el temperamento. En esto empleé muchos años y hubo un momento de transición en que me hice mala actriz. No es que ahora sea buena, (aclara inmediatamente, insistiendo en que publique su comentario) pues no sabía si aprovechar mis facultades naturales, o echarlas a un lado. También me hacía daño ser vanidosa: cuando trabajaba con la Montoya, los periodistas me hicieron mucho mal al decir que no había actriz en México como yo. Afortunadamente hice conciencia y me bajé del pedestal en que yo me había colocado, hasta que alcancé el camino hacia la actriz que quiero ser: sincera, completamente sincera con el personaje que me toque representar. Ahora sí sé aprovechar mi temperamento, mi voz, y confío en los directores, cosa que antes no hacía. Estoy decidida a seguir estudiando hasta que termine en esta tierra, como actriz y como ser humano.

(Pregunto por aquellas obras que la han dejado más satisfecha)

—Eso es muy difícil: siendo una enamorada del teatro, en todas me he sentido feliz. . . Recuerdo que cuando era damita joven, —aunque ahora no se usa ya ese término— cuando era chamaca, hacía un papel de hombre que me gustaba mucho. Hice bastantes. Fue en una obra que se llamaba “Mi abuelita la pobre”. Bueno, después, ya más actricita tuve éxitos numerosos: “Padres terribles” de Cocteau, “Mal de la juventud” de un alemán. . . Bruckner. Ya como actriz, casi todos mis papeles me han gustado. “La Celestina” fue una experiencia muy grata. . . Y hay un papel que adoro, aunque la obra no tuvo éxito, gracias al cual escuché los bravos más grandes de mi carrera: “Acapulco, los lunes” de Emilio Carballido.

(¿Qué pudo motivar a una actriz prestigiada, conocida, con una larguísima carrera, a venir a Xalapa?)

—Ahora me interesa trabajar en los ambientes universitarios. Me llamó la atención pues, así como puedo tomar fresca de la juventud, la juventud puede tomar mucho de mí. (Sevilla, que no ha perdido palabra, asiente con energía: a él le ha ayudado muchísimo trabajar con ella en “Brujas” y ahora en “Hécuba”). Para mí es muy importante dar, y por eso he trabajado varias veces con jóvenes, en Tijuana, en Los Angeles, en México y ahora aquí. Estoy muy satisfecha con la labor que se ha hecho y tengo la esperanza de continuar. Estuve contenta con



“Las Brujas” y en cuanto a “Hécuba”, me encanta: es un papel que en México nunca me hubieran dado. Allá sólo unos cuantos hacen tragedias griegas.

—(Obviamente, Virginia ha interpretado los más diversos papeles del teatro universal. Pero tal vez no le ha llegado todavía alguno que le interese especialmente. . .).

—¡Uno en que tenga que bailar y cantar! Como “Auge y caída de la ciudad de Mahagony” de Brecht. Me fascinaría cantar y bailar en escena. Ojalá que no me muera antes. (Esto último dicho con un tono lleno de picardía y buen humor. La autocompasión y la lobreguez no tienen nada que ver con ella. De todos modos le aseguro que tiene cuerda para rato. Ella lo sabe y se ríe, como mujer que se conoce).

—El mundo entero no sabe lo que quiere decir agradecimiento, pero como yo sí lo sé agradezco a Emilio Carballido por haberme llamado para trabajar en Xalapa, y agradezco haberme encontrado con un grupo con tanta calidad humana y tantos deseos de aprender.